

# Julio Cortázar, profesor de música

Pablo Espinosa

Bruno, si un día lo pudieras escribir...

La frase la pone Julio, que es Bruno, en labios de Johnny, que es Charlie. La misión de Bruno, que es Cortázar, es hacer música con palabras, mientras la de Johnny, que es Parker, es hacer música con sonidos.

Los une un manantial de certezas.

La primera: hacer música, sea con palabras, es decir escribir, o con sonidos, un instrumento musical, es también hacer el amor.

Bruno, si un día lo pudieras escribir...

Es anhelo y al mismo tiempo un alhelí: la frase la cantila Johnny cuando encuentra en Bruno el interlocutor perfecto. "Debe ser hermoso, yo siento que debe ser hermoso".

La interlocución, como es hermosa, fluye mediante un lenguaje secreto, ese que solamente puede ser entendido por dos personas, tan sólo dos personas en el planeta entero.

Como música y amor son gemelos, el lector es Bruno y el autor es Charlie. La interlocución se vuelve esférica, de lectora a autor.

Música y palabras.

Al cumplirse el primer cuarto de siglo en que Julio Cortázar trascendió a un plano superior, el cúmulo de análisis en torno de su obra aumenta su condición de géiser inagotable.

Los territorios por explorar seguirán inmensos.

Hasta el momento todos coinciden en un acierto: Cortázar amó la música de la misma manera como amó a las mujeres: entendió el misterio que envuelve a ambas y se entregó a ellas sin reservas, con una capacidad de ternura, asombro, generosidad y transparencia que pocas, muy pocas personas logran desarrollar en una sola vida.

En el manantial de ensayos, hermeneú-

ticas, interpretaciones de la obra de Cortázar está todavía por desarrollarse un camino venturoso: falta entender la manera como entendió Cortázar a la música.

El concepto de melómano suele atribuirse a personas que abrigan en su corazón los sonidos y silencios de manera apasionada. Cortázar rebasa la condición de melómano para ubicarse en una superior: es uno de los mejores profesores de música que hayamos tenido muchos en la vida.

Entre los muchos frutos, las muchas flores que viven en sus libros, hemos aprendido a escuchar música, a ver obras pictóricas, películas, leer otras novelas. Pensar y sentir. Flor y fruto.

Una parte del camino por avanzar en la valoración de Julio Cortázar es subrayar su condición de amante de la música, toda música, para superar una noción que parece limitante: no fue un aficionado al jazz. Fue un hombre del jazz en la medida en que entendió ésta, como todas las músicas, de una manera única e irrepetible. Porque tocar la trompeta no hace a un hombre del jazz sino la manera como entiende la música que nace de un instrumento para percatarse que en realidad nace del alma.

Por eso Bruno entendió a Johnny. Porque se entendió a sí mismo. El párrafo anterior a la frase "Bruno, si un día lo pudieras escribir" lo define de manera prístina:

"Soy un crítico de jazz lo bastante sensible como para comprender mis limitaciones, y me doy cuenta de que lo que estoy pensando está por debajo del plano donde el pobre Johnny trata de avanzar con sus frases truncadas, sus suspiros, sus súbitas rabias y sus llantos. A

él le importa un bledo que yo lo crea genial, y nunca se ha envanecido de que su música esté mucho más allá de lo que tocan sus compañeros. Pienso melancólicamente que él está al principio de su saxo mientras yo vivo obligado a conformarme con el final. El es la boca y yo la oreja, por no decir que él es la boca y yo...

"Bruno, si un día lo pudieras escribir".

El pasaje anterior nos abrió el paisaje entero. A la fecha hay muchos que sostienen sobre sus espaldas muchas ideas peregrinas, entre ellas que un crítico de música es un músico fracasado, así un crítico de literatura es un escritor truncado y un crítico de etcétera es un etcétera.

La claridad que nos aportó Cortázar es un descubrimiento semejante a una catedral sumergida: la música no existe si no hay alguien que la saque de la partitura para hacerla vivir mediante un instrumento musical. Pero aún así no existe si no hay alguien con un par de oídos que la escuche.

Agua tibia: el escucha forma parte esencial de la música.

Eso hace a un profesor de música distinto de todos. Saber escuchar música es entender.

¿Qué significa entender? Por lo pronto lo que no significa es todo aquello que nos habían dicho: que si el compositor estaba triste o contento cuando compuso la obra que nos conmueve, que si se puso ese día un calcetín de un color y el otro de otro o simplemente que se sentía otro.

Eso, la otredad, uno de los elementos que se han aprobado como marca de agua del estilo Cortázar, forma parte del análisis que está por suceder. El compositor es el intérprete es el escucha.

El juego de espejos funciona a la



Julio Cortázar

perfección si lo aplicamos a la partitura que usted elija. Elijamos juntos *El Clave Bien Temperado* de Bach. Existe un momento determinado en que el compositor, Bach, el intérprete (Glenn Gould, Landowska, Kempff o usted mismo, pues estamos frente al espejo) y nosotros, los escuchas, ingresamos tomados de la mano al territorio de lo metafísico.

¿Qué es lo metafísico? Nombrémoslo por el momento magia, misterio y entonces sí, definamos: Misterio es esta forma de la realidad que se vuelve metafísica. He ahí la música. He ahí las enseñanzas de Cortázar.

Si quiere usted, también podemos denominarlo magia: “Y a propósito: muy ingenioso lo que has escrito sobre el saxo y el sexo, muy bonito el juego de palabras. Six months ago. Six, sax, sex. Positivamente precioso, Bruno”.

Entonces antes, es decir seis meses después, es decir una estación del Metro más adelante:

“Y justamente en ese momento, cuando Johnny estaba como perdido en su alegría, de golpe dejó de tocar y soltándole un puñetazo a no sé quien dijo: ‘Esto lo estoy tocando mañana’, y los muchachos se quedaron cortados, apenas dos o tres siguieron unos compases, como un tren que tarda en frenar, y Johnny se golpeaba la frente y repetía: Esto ya lo toqué mañana”.

Tiempo, lo único que tenemos es tiempo. Lo dijo el pez vibrante, Rumble Fish, es decir Coppola: gastamos cinco minutos por aquí, invertimos media hora por allá y cuando nos damos cuenta ya no tenemos tiempo.

La música transcurre en el tiempo. Solamente la música y el amor tienen la capacidad de detener el tiempo. He ahí otra enseñanza de Cortázar, profesor de música.

Ya así nos queda claro que no tenemos frente a nosotros a un aficionado al jazz, ni siquiera a un gran conocedor de la síncopa, sino a un maestro de música.

De manera que la frase ¿Encontraría a la Maga? Cobra sentido. Suena a flor y fruto. A anhelo y alhelí. A las *Gimnopedias* de Satie, *Dafnis et Chloé*, a una bella mujer, la Maga, que nos toma de la mejilla, la acaricia y deposita en nuestros labios la impronta de la miel que hay en sus labios y en su lengua.

Julio Cortázar no solamente es un experto en jazz. Su conocimiento de la música abarca todos los géneros. Incluso escribió algunos tangos. Es un maestro de música. Gracias a él, y a la Maga, llegamos a Hugo Wolf para comprender mejor a Mahler. Porque la Maga cantaba los *Lieder* de Wolf para que Rocamadour conciliara el sueño, mientras:

“El tercer cigarrillo del insomnio se quemaba en la boca de Horacio Oliveira sentado en la cama; una o dos veces había

pasado brevemente la mano por el pelo de la Maga dormida contra él. Era la madrugada del lunes, habían dejado irse la tarde y la noche del domingo, leyendo, escuchando discos, levantándose alternativamente para calentar café o cebar mate. Al final de un cuarteto de Haydn la Maga se había dormido y Oliveira, sin ganas de seguir escuchando, desenchufó el tocadiscos desde la cama; el disco siguió girando unas pocas vueltas, ya sin que ningún sonido brotara del parlante”.

Sonidos y silencios. El arte de la música, que implica, si revisamos la tarea que nos dejó el maestro, al compositor, al intérprete y al escucha por igual y eso no significa que nos tengamos que comparar con Wagner y con Arrau, porque en la clase anterior, que se llamó *El perseguidor*, el profesor ya nos puso en claro que la responsabilidad del escucha es tan incomensurable como la partitura más grandiosa y el músico más virtuoso.

Formamos parte del misterio de la música.

Qué privilegio ser escucha. Ahora sí, si lo entendemos, adquirimos la categoría de melómano, que siguiendo las enseñanzas de Cortázar, enormísimo cronopio, implica la fortuna de pulsar un melón en cada mano. *Melonmano*.

Otra enseñanza de Julio: la jazzología es una ciencia deductiva, porque si Keith Jarrett está al piano es porque Jack DeJohnette está a la batería y Gary Peacock en el contrabajo.

Más exacto que la teoría de la relatividad, más bello que la secuencia de Fibonacci, más dorado que la sección áurea, resulta entonces deducir, adivinar, intuir. No es la trivía, no es la pirotecnia memoriosa. Es saber escuchar la música. Entenderla. Sumergirnos en su magia y su misterio.

La claridad que nos aportó Cortázar es un descubrimiento semejante a una catedral sumergida: la música no existe si no hay alguien que la saque de la partitura.

## Cortázar amó la música de la misma manera como amó a las mujeres: entendió el misterio que envuelve a ambas y se entregó a ellas sin reservas.

Cada página, cada párrafo, cada palabra escrita por Cortázar nos conduce (¿encontraría a la Maga?) a un nuevo misterio.

Entonces no es un jazzómano. Un cronopio no escucha solamente ópera o sinfonías de Bruckner o jazz. Alguien que sabe escuchar, entender la música es tan feliz con Mahler como con el pasito duranguense.

Gracias, profesor Cortázar, por ponernos alas en espalda. Gracias por el fuego y por la libertad.

De las novelas de Thomas Mann, Anthony Burgess, Alejo Carpentier, Cabrera Infante y Julian Barnes, entre otros profesores de música, aprendimos del barroco, el romanticismo, el clasicismo y hasta la vanguardia. Pero ninguno como el profesor Cortázar nos ha enseñando tanto como la libertad.

Porque solamente una persona libre puede atreverse a escribir la música con palabras, sin pentagrama:

“Ahora se apagan las luces, nos miramos todavía con ese ligero temblor de despedida que nos gana siempre al empezar un concierto y ya el contrabajo levanta su instrumento y lo sondea, brevemente la escobilla recorre el aire del timbal como un escalofrío, y desde el fondo, dando una vuelta por completo innecesaria, un oso con un birrete entre turco y solideo se encamina hacia el piano poniendo un pie delante de otro con un cuidado que hace pensar en minas abandonadas o en esos cultivos de flores de los déspotas sasánidas en que cada flor hollada era una lenta muerte de jardinero. Cuando Thelonious se sienta al piano toda la sala se sienta con él y produce un murmullo colectivo del tamaño exacto del alivio...”

“Entonces es *Pannonica*, o *Blue Monk*, tres sombras como espigas rodean al oso investigando las colmenas del teclado, las

burdas zarpas bondadosas yendo y viniendo entre abejas desconcertadas y exágonos de sonido, ha pasado apenas un minuto y ya estamos en la noche del tiempo, la noche primitiva y delicada de Thelonious Monk”.

Estamos en el curso de una clase magistral:

“Ahora vea usted cómo son las cosas en este teatro. En este teatro, donde una vez el grandísimo cronopio Nijinsky descubrió que en el aire hay columpios secretos y escaleras que llevan a la alegría, dentro de un minuto va a salir Louis y va a empezar el fin del mundo...”

“Detrás de Louis vienen los chicos de la orquesta, y ahí está Trummy Young que toca el trombón como si sostuviera en los brazos una mujer desnuda y de miel, y Arvel Shaw que toca el contrabajo como si sostuviera en los brazos una mujer desnuda y de sombra, y Cozy Cole que se cieme sobre la batería como el marqués de Sade sobre los traseros de ocho mujeres desnudas y fustigadas, y luego vienen otros dos músicos de cuyos nombres no quiero acordarme y que están ahí yo creo que por un error del empresario o porque Louis los encontró debajo del Pont Neuf y les vio cara de hambre, y además uno de ellos se llama Napoleón y eso es un argumento irresistible para un cronopio tan enorme como Louis...”

“Por lo pronto aprovecha la plataforma desde donde Cozy Cole semeja a Zeus profiere rayos y centellas en cantidades sobrenaturales, para guardar una pila formada por una docena de pañuelos blancos que va tomando uno a uno a medida que el anterior se convierte en sopa. Pero naturalmente todo ese sudor sale de alguna parte, y a los pocos minutos Louis siente que se está deshidratando, de modo que se aprovecha de un terrible cuerpo a cuerpo amoroso de Arvel Shaw con su dama morena para sacar

de la plataforma de Zeus un extraordinario y misterioso vaso rojo, angosto y altísimo, que parece un cubilete de dados o el recipiente del Santo Grial, y bebe de él un líquido que provoca las más variadas dudas e hipótesis por parte de los cronopios asistentes, ya que no faltan quienes sostienen que Louis bebe leche, en tanto otros rugen de indignación ante esta teoría y declaran que en un vaso semejante no puede haber otra cosa que sangre de toro o vino de Creta, que viene a ser la misma cosa con diferente nombre.

“A todo esto Louis ha escondido el vaso, tiene un pañuelo fresco en la mano, y entonces le vienen ganas de cantar y canta, pero cuando Louis canta el orden establecido de las cosas se detiene, no por ninguna razón explicable sino solamente porque tiene que detenerse mientras Louis canta, y de esa boca que antes inscribía las banderolas de oro crece ahora un mugido de ciervo enamorado, un reclamo de antílope contra las estrellas, un murmullo de abejorros en la siesta de las plantaciones...”

“Louis cronopio, Louis enormísimo



Charlie Parker